

mí escogiesen para le dar cabo, é pues que allí han metido otro, mucho me tengo por avitado; ca el duque de Bullon nunca hobo pariente que valiese un boton, ni es él tal que esta ventaja debiese haber.— Señor, dijo Folqueres, no habéis mas en esta razon, ca vos lo ténian todos por mal; porque el duque Gudufre es de gran sangre é muy nombrado, é tenido por muy bueno é acabado de todo bien, ca á su abuelo trojo un cisne al arenal de Nimaya la Grande, á que agora dicen Maenza, cerca del mayor alcázar, solo en un batel, muy bien vestido de un paño preciado, é mas relumbraba su cabeza que péñolas de pavon, é nunca Dios hizo á hombre que mas hermoso fuese que él; é el emperador de Alemania, á quien en aquella sazón decian Otto, descendió del alcázar, é quisiéralo asentar á par de sí; mas él, como mesurado, non quiso ser sino á sus piés; é este su abuelo fué el que venció é mató al duque Rainer de Sajoña, que era uno de los mejores caballeros de todo el imperio de Alemania, por que lo hobo de casar el Emperador con una su parienta, hija de un su primo cormano, é dióle con ella en casamiento el ducado de Bullon, que es muy buena tierra é mucho abastada, é sobr'esto hizolo su alférez, é él sirvió al Emperador muy de grado é sin achaque, hasta que vino el cisne por él en un batel, é levólo, é fuése con él por el rio del Rin, sin remos é sin vela é sin otro marinero, é nunca lo pudo detener el Emperador por cosa que hiciese ni que le prometiese, donde hobieron gran pesar todos los de su casa; é despues de aquella ida nunca supieron dél, é dejó una fija en el castillo de Oriente, que fué despues casada con el conde de Boloña, cuyo fijo es este duque Gudufre; é este mesmo Gudufre, no habiendo mas de quince años, venció é mató en un campo, uno por uno, á Guion, castellan de monte Falcon, ante el emperador mesmo Otto, é por aquella razon lo escogemos entre nosotros para la batalla de uno por uno, ca sabemos que es hombre de gran corazon é de muy santa vida; é demás, que sabe bien esgremir de lanza, é de espada, é de escudo, é de baston, de palo, é de porra; é desde que es armado é está en su caballo, bien creed que es loco el que cometerlo quiere, ca él es muy buen caballero de pié é de caballo.» A estas palabras respondió el duque de Normandía á Folqueres, é díjole así: «Para la mi cabeza, bien sabes sermonar.» En pos desto, cuando el duque Gudufre supo aquella razon, fuése para casa del duque de Normandía con gran compañía de hombres honrados, é así como llegó descabalgó, é fué é echóse á sus piés del Duque, é díjole homilmente, rogándole así como á hombre de gran corazon é de alto linaje é ardid, é cometedor en todos los grandes hechos, é esforzado en los grandes peligros, é sufridor en las grandes afrentas, é sábio, é acabillador en las grandes batallas, é apercebido en las grandes cuitas: «Vos sois mejor que yo, é valeis mas, é ciertamente esto non lo negaré yo é desta batalla non hayais vos mal talante ni envidia, ni seais por ende triste ni de mal corazon, ni se levante riesgo entre nos ni desavenencia, ca yo vos otorgo bien é lealmente, sin todo entredicho, que por cuerpo de un caballero solo non podria ser mejor acabada la batalla que

por vos; é todo lo que vos toviédes por bien, todo lo quiero yo que así sea. Mas la cristiandad habia metido é dejado este hecho en mí, é por mí vino por eleccion, en que se acordaron todos; é yo recebilo; mas agora sea lo que vos por bien toviédes é quisiédes.» Cuando Ruberte vió que el Duque era tan humilde, é que tan apuesto se razonaba, levantóse á él, é recibiólo muy bien é á sus razones, é gradescióle mucho quanto habia dicho, é díjole: «Señor duque de Bullon, vos hareis la batalla en el nombre de santa María, é yo fincaré con vuestra compañía, é defenderé é ayudaré á destruir aquella gente mala é descreida.»

CAPITULO CII.

Cómo Pedro el Ermitaño é Arloin, vinieron con la respuesta que les diera Corvalan á los altos hombres.

Pedro el Ermitaño é Arloin, que habian oido é entendido el muy gran orgullo del soberbio príncipe Corvalan, é el gran atrevimiento que habia mostrado por sus palabras é por el gran poder de gente de reyes é de ricos hombres que tenian consigo, despues que hobieron recabado quanto á su embajada convenia, partiéronse de Corvalan é tornáronse á la cibdad por decir á los cristianos la respuesta que traian, é venian acordados de gela decir ante todos aquellos que oirlo quisiesen, é eran ya venidos grandes é pequeños por la oír; mas el duque Gudufre, que era muy sábio é muy entendido, sacólos ante aparte, é llamó á los ricos hombres solos, é hízoles decir en secreto de la otra gente la respuesta con que venian. E ellos contárongela así como habédes oido, como aquellos que la notaron bien é que lo sabian razonar apuestamente; é hízoles el Duque apartar é decirlo á ellos primero, viendo que si el pueblo oyese los grandes orgullos é las soberbias é amenazas que Corvalan les enviaba decir, que serian muy espantados é desmayarian para la batalla. E despues que ellos lo hobieron dicho á los mayores, mandó el duque Gudufre á Pedro el Ermitaño que non lo dijiese de aquella manera ante todo el pueblo, é sinon que dijiese que Corvalan é su compañía demandaban la batalla, é para esto que se aparejasen todos muy bien. E Pedro el Ermitaño acordóse bien á esto, é díjole al pueblo bien así como gelo mandaba, é non habia aun bien acabado su razon, cuando dijieron todos é una voz: «E nos otrosi queremos la batalla, con la merced de Dios.» E bien parecia, segun ellos mostraban, todos acordando en uno, que deseaban mucho haber la batalla, é todos los afanes pasados olvidaron por la gran esperanza que habian de vencer. E estonce, cuando los ricos hombres vieron que la gente habia tan gran alegría con la batalla, fueron ellos muy alegres, é hobieron muy mayor esperanza en ellos que hobieran de ante hasta allí; é con acuerdo de todos los ricos hombres, dijéronles que seria la batalla otro dia viérnes, é que se aderezasen para ella lo mejor que ellos pudiesen, é que si querian ser señores de sí, é non siervos, é ganar honra para en este mundo é buen siglo para el otro, que fuesen hí buenos, é que hiriesen bien en los enemigos descreidos de Jesucristo.

CAPITULO CIII.

Cómo hicieron pregonar los cristianos la pelea para la mañana, é que todos saliesen armados antes que saliese el sol.

Despues que los cristianos oyeron que la batalla habrian otro dia, allí veríades aderezar armas é lorigas, é alimpiar yelmos, é aceccalar espadas, é amolar cuchillos, é enastar dardos é lanzas é azconas en sus cuchillas; é en aquel dia é aquella noche non dormieron ni holgaron en aderezar esto, é los que tenian caballos curar dellos muy bien, é hicieronles aquella noche todo el bien que pudieron; é cuando anocheció hicieron pregonar que en la mañana, ante que saliese el sol, fuese cada uno armado lo mejor que pudiese, é saliesen á la batalla, así como era ordenado, é que siguiesen todas las señas, cada uno las de sus cabdillos, ca así irian todos en concierto.

CAPITULO CIV.

Cómo salió un espía de la villa á decir á Corvalan que otro dia habia de ser la batalla, é cómo Corvalan envió á Magdelis á la villa.

Entre tanto que los cristianos aderezaron sus atavíos, así como es dicho, salió de la villa una escucha, é fuése para la hueste de los moros, é contó á Corvalan todo lo que viera; é estonce hizo Corvalan llamar á Amagdelis, que entendia los lenguajes é conocía á los cristianos, á los mas honrados, é era hombre honrado, así como uno de los ricos hombres, é de muy buena lengua, ca se razonaba muy apuestamente, é solazábanse mucho los reyes con él como con Arloin; é dijo Corvalan á Amagdelis: «Vos iréis agora é entrarédes en la villa, é verédes qué es aquello que hacen los cristianos, é cuál es su pensamiento, é tornarnos leis las nuevas dellos lo mas ahina que pudiédes.» Dijo Magdelis: «Señor, para esto, escuchar é saber, é traer ende nuevas cierto aparejado está para lo librar luego.» Estonce Amagdelis (1) despojóse luego sus paños ricos que traia, é vestióse de otros paños de poco valor, como bellaco, é fuése yendo por unos valladares é por los lugares desviados, como hombre pobre; é en esta manera entró á la villa, é estovo hí esa noche, é puso su corazon en mirar muy bien todas las cosas, é entendió cómo lo habian ordenado, é vió cómo habian cumplimiento de lorigas é de escudos, é de yelmos é de caballos, é cató á los cristianos é viólos muy bien vestidos, ó vió, otrosi, cómo habian ordenado sus haces que habian de parar otro dia en la batalla, é cuáles irian en la delantera, é cuáles en la zaga, é cuáles, otrosi, en las costaneras, é dicen que dijo entre sí que en balde se temian los cristianos; que nunca tal gente fuera aderezada como ellos eran, desde que Dios hiciera el mundo hasta en aquel tiempo.

CAPITULO CV.

Cómo dos esenderos comieron un asno en Antioea.

En esta ciudad de Antioea habia dos caballeros é querianse bien de corazon, é el uno era natural de Creil é del linaje de Raniel, é este habia nombre Arlois, hijo de Anelino el Fiero, é el otro habia nombre Pedro

(1) Es el mismo personaje llamado en unas partes *Magdelis*, y en otras *Amagdelis* y *Amagdelis*.

Postigo, natural de Monte-Dister, é eran amos mancebos. E Arlois fué á oír misa de mañana, é Pedro Postigo levantóse, é vino un su escudero é díjole que non tenia qué comer, é que habia ya seis dias que no comiera pan, é sobre esto, que habia hí otro mayor mal, que no habia en la posada tanta vianda que valiese un dinero. E díjole estonce Pedro: «Amigo, no desmayeis; tomad el asno de Arlois é desolladle, é guisad dél para comer asado é cocido.» E él díjole que lo non haria, ca no osaria por Arlois, que lo mataria. E díjole Pedro Postigo: «¿Cómo? ¿No vos lo mandó yo, fi de enemiga mendiga?» Los otros escuderos, cuando aquello oyeron á Pedro Postigo, corrieron al establo con sus cuchillos sacados, é allí veríades matar el asno é partirlo por miembros é meter en calderas, é sacar las braças é meter en asadores para asar. Cuando vino Arlois é vido la gran cocina santiguóse, é alzó las manos á Dios é bendijolo, é preguntó que dónde veniera tanto abasto de carne como él veía al fuego, é ellos le dijieron que aquel era el asno de que él hacia acémila; é el cuidó que gelo decian por juego, é corrió al establo, é cuando lo non vió hobo ende muy gran pesar, é quejóse muy fieramente. E entre tanto vino Pedro, é comenzó Arlois á contender con él, é díjole que non debiera él hacer tal hecho, ca bien sabia él cómo habia menester mucho aquel asno, que levaba su loriga é su yelmo, é que le haria gran mengua cuando fuese en hueste; é díjole mas: «Verdaderamente sois del linaje de Graner, que muestra jugar á los malandantes, que nunca amara á hombre sinon si le podiese engañar.» Cuando aquello oyó Pedro comenzó á temporizar con él é de le amansar, é decirle hermosas palabras é mansas é sin braveza é sin saña, é díjole así: «Compañero, no vos maravilleis por tal cosa como aquesta, pues sabeis vos muy bien cómo lo habiamos muy mucho menester, ca dias há que non habemos comido pan, é el mucho ayunar hace al hombre enflaquecer, é el hombre que ha gran hambre non puede ayudar á sí mesmo ni á otro, é ante que dejase ya la hambre á nosotros hice esto, ca otro tanto sofriria de vos del mejor caballo que yo he; é mañana será la batalla sin ninguna tardanza, é nos iremos allá por vengar á nuestro Señor Jesucristo, que los judíos descreidos pusieron en la cruz, é en tal lugar como aquel debe hombre defender su cuerpo, é ante que lleguen las vísperas é el sol se ponga, no habrémos menester asno para traer nuestra ropa, ca habrémos perdido las cabezas en aquel campo, ó serémos tan ricos de oro é de plata, que non habrémos menester de pedirlo á nuestros vecinos; mas roguemos á Dios que nos guarde de mal.» Cuando vió Arlois que tanto se humillaba é que tan bien se razonaba, fué luego á lo abrazar con muy gran amor, é díjole: «Compañero, véote hablar tan bien, que no sé qué responda, sino que Dios sea nuestro consejero que nos conseje.» E despues que fueron avenidos asentáronse á comer aquel asno ellos é su compañía.

CAPITULO CVI.

Cómo otro dia de mañana se fué Amagdelis á Corvalan, é de lo que le dijo.

En pos desto, otro dia en la mañana salió Amagdelis de la villa lo mas ahina que pudo, é tornóse para

su hueste, é Corvalan, cuando lo vió, fué muy alegre con él é llamólo, é dijole: «¿Si se me darán ante que los acometa?» Respondió Amagdelis: «Por buena fe, Corvalan, que te diga verdad: nunca ví tan fermosos hombres ni de tan gran esfuerzo, é han muy buenas armas é muy buenos caballos, é son tan bien ensillados é tan ligeros, que bien podeis ser seguro, segun que lo yo ví, que vos darán gran batalla en campo ante que las viéseras vengan ni el día salga, ca yo los ví á todos muy bien aderezados é acuciosos para salir en batalla.» Estonce dijo Corvalan: «Hermano, mucho vienes espantado, é cuando te yo traje del reino de Persia pensé que buen caballero eras; agora te mando, por la ley en que tú crees, que non hables mas en este hecho.—Por buena fe, dijo Amagdelis, vos veréis cómo será la cosa ante que venga la noche.»

CAPITULO CVII.

Cómo todos los que habian de ir á la pelea se confesaron é oyeron sus misas.

Ese día, cuando apareció el alba, los cristianos eran todos levantados é aderezados para la batalla, é fueron los clérigos por las iglesias revestidos é dijieron las misas, é todos los que habian de salir á la batalla confesáronse é comulgaron, rogando á nuestro Señor Dios é pediéndole merced que les diese venganza de aquellos renegados é enemigos de su fe. Toda la mala voluntad é toda querella perdieron de sus cristianos, como aquellos que querian ir en verdadera caridad á hacer el servicio de aquel que dijo en el Evangelio: «En esto conoceré que sois todos mis discípulos, si hobiéredes entre vos amor é caridad.» Cuando ellos fueron aderezados desta manera é aparejados de cuerpos é de almas, envióles nuestro Señor la su gracia, en que les dió gran esfuerzo, é tan grande, que aquellos que eran ante perezosos é tan flacos, que se non podian sostener de hambre, tornaron fuertes é ardidos de voluntad; así que, non había tan pequeño, que non toviese deseo de hacer gran hecho si viese su hora. E estonce el Obispo é la clerecía paráronse revestidos como para decir misa, é tenían las cruces en las manos, con que bendecian al pueblo é los encomendaban á Dios, é dábanles perdon de todos sus pecados si moriesen en aquella batalla de Dios, é ante todos los otros predicábales el obispo de Puy, é hablaba con los ricos hombres, é amonestábales é rogábales que punasen en vengar la deshonra de Jesucristo que aquellos moros desteales habian hecho en su heredad tan luengo tiempo; é en fin, el Obispo bendijolos con su mano sagrada é encomendólos á Dios; é que allí adelante que entrasen atrevidamente en la batalla é que ficiessen como buenos, de manera que serviesen á Dios é vengasen su deshonra é salvarsen sus almas.

CAPITULO CVIII.

Cómo los cristianos se ayuntaron en la plaza é ficiéron sus haces muy bien regladas.

Luego, en pos desto, así como era ordenado, ayuntáronse los cristianos en la plaza de Antioea; mas ante que saliesen fuera de la puente ordenaron sus haces en esta manera: que ficiessen de sí diez haces; é á la primera dieron por cabdillo á don Yugo Lomains, hermano del rey de Francia, é fué con él Anselmo, her-

mano del rey de Inglaterra, é otros ricos hombres caballeros de sus tierras. E consideraban que la gente que ellos levaban tanto era grande é tan bien ordenada iba, que se non podrian desbaratar ligeramente, por gran multitud que veniese de la otra parte. E á la segunda haz dieron por cabdillo al conde Ruberte de Flándes, al que llamaban Frison por sobrenombre; é en esta haz segunda no había otra gente ninguna sino todos naturales de su tierra. E á la tercera haz dieron por cabdillo á don Ruberte, duque de Normandía, é iba con él en esa haz su sobrino, que era caballero muy valiente é muy esforzado, é el conde Estéban de Albamarra (1) é todos los que hí eran de su tierra. A la cuarta haz dieron por cabdillo al muy buen caballero don Gudufre, duque de Lorena é de Bullon, é iba con él Eustacio, su hermano, é la gente que trujieran de su tierra. E á la quinta haz dieron por cabdillo á don Tranquer, el muy buen caballero sábio é muy lozano. E á la sexta haz dieron por cabdillo á don Boymonte, príncipe de Pulla, que traía mucha gente é buena. E ordenaron quien fuesen en la rezaga por guarda de las haces é ayudarlas do menester les fuese mayor ayuda. E la setena haz de aquellas diez era ordenada de caballeros ancianos. E en esta haz estos caballeros ancianos hicieron sus cabdillos; é á la octava haz dieron por cabdillo al obispo de Puy, que se despojó luego las vestimentas con que hiciera su oficio de la misa, é armóse, é subió sobre un caballo, muy bien armado é enlazado su yelmo, é traía en su mano la santa lanza con que Jesucristo fuera herido en el costado; é levaba la gente del conde de Tolosa, que era ya cuanto doliente, é por ende lo hicieron quedar que guardase la villa de los turcos que estaban en el alcázar de Mal-Vecino, é esto lo hicieron hacer rogándolo é trabando dél que lo hiciese; ca si non dejasen quien guardase la villa, podrian salir esos turcos del alcázar é matar los enfermos é las mujeres é la gente flaca que quedaba é no iba á la batalla, de los cuales había en la villa muchos por sus casas. E á la décima haz dieron, otrosí, por cabdillo á don Pedro de Estenor é don Rinalt de Tors; é porque habian hecho, así como ya oistes, en el otero pequeño una torre muy fuerte, con muro é con almenas é con unos engeños á que llaman manganillas, é estos engeños eran hechos con maestría de guardar á sí é poder hacer mal á los otros, dejaron docientos hombres muy bien armados para defender aquel paso, é guardarlo de los turcos que estaban arriba en el alcázar, porque no les pudiesen hacer daño.

CAPITULO CIX.

De cómo el obispo santo de Puy se armó.

En esta razon cuenta la historia que el obispo de Puy era buen hombre é muy bien razonado, é había muy gran voluntad é deseo de hacer servicio á Dios; ca nunca despues que aquella hueste entrara en los reinos extraños, por ninguna cosa que acaciese non se quiso armar, é armóse allí estonce, veyendo bien que era tanto menester, que non lo podría excusar; é despues que dijo la misa, dejó la vestimenta con que la dijera é salió de la iglesia, é fué para su posada é armóse,

(1) El mismo caballero mencionado en la pág. 161, y cuyo verdadero nombre era *Albermale*.

como ya oistes. Pero porque vos no dejimos complidamente de cómo se armara, queremos vos lo contar aquí: primeramente vistióse el Obispo un gambax de xamete, é sobre él la loriga, que era muy fuertemente obrada, é era hecha por las faldas con otros metales muy hermosamente; despues desto diéronle el yelmo orlado de muy rica labor, dorado é obrado con filo de aniel; é puesto el yelmo é enlazado, calzaronle las espuelas de oro. E despues de aquello ceñióse una espada muy buena é muy rica; é él estando aderezado desta manera, diéronle el caballo é cabalgó él mesmo, é púsose la estola al cuello é despues el escudo é abrazólo, é desí tomó una lanza muy fuerte é muy récia, é estaba en ella el santo hierro con que fuera herido nuestro Señor Jesucristo, con su pendon, en que había señales de dos dragones, é arremetió el caballo, que era muy bueno é muy récio, é fué yendo contra los rícos hombres allí do estaban en la plaza, haciendo hacer el caballo á diestro é á siniestro muy apuestamente, é en llegando á ellos, saludólos. E cuando el duque Gudufre lo vió así hacer, fué hasta él é dijole: «Señor caballero, ¿quién sois? ¿adónde venis? ca yo non vos conozco ni sé quién sois, ni conozco, otrosí, vuestras señales, é veo que traéis dragones en vuestro pendon, é no me reptédes, ca yo nunca os ví en esta hueste, é por ende me maravillo mucho.» Dijo el obispo de Puy: «Señor, yo só el obispo de Puy, que vos amo mas que á mí, é nunca por mí fué dado mal consejo, é hoy en este día habréis dado gran batalla. Desto sed bien cierto, é vengavos mientes de vos é del linaje onde venis; ca fuera en el campo vos espera el muy grande é récio é orgulloso Corvalan de Oliferna é otros muchos moros, é tened ciertas las intinciones é los corazones como seades prestos para herir; ca hoy verédes en la batalla los ángeles que enviará Dios, cuyos nosotros somos; é cualquier de nos que muriere por él, bienaventurado será, é con las órdenes de los mártires será coronado en el cielo.» De aquesto que dijo el obispo de Puy hobieron todos muy gran placer, é plúgoles mucho porque venia armado, lo que nunca le vieran que se armase, é alzaron las manos á Dios é diéronle gracias é loor. E estonce le dijo el Duque: «Señor, mucho me place porque vos veo traer armas.» E el obispo de Puy, otrosí, comenzóles á esforzar cuando los vió todos ayuntados á derredor de sí, é llamó á los ricos hombres uno á uno por sus nombres con palabras de muy gran amor, é dijo: Venid adelante vos, don Ruberte el Frison, é traerédes vos en la batalla la santa lanza que hallamos, en el nombre de aquel á quien todos debemos servir.» Respondió á esto don Ruberte el Frison: «Señor, no habéis en balde, ca non la traeria por todo el señorío de Sajonia, ca mas deseo he de lidiar con aquellos traidores descreídos que allí están, de los cuales veo cubiertos los campos é los valles é las tierras é los rastros é los recuestos, é levar conmigo los francos sobre buenos caballos de Gascoña, é tanto haré de espada con aquellos que yo acaudillare, que el mi gambax todo será ensangrentado, é andará el mi caballo bañado en la sangre dellos hasta en las cuartillas; é así que á Corvalan é al rey Religion no habrá quien los libre de muerte contra los nuestros.» E cuando el obispo de Puy oyó que el Con-

de juraba de aquella manera, conosció bien que non había voluntad de levar la lanza, é llamó á Ruberte, duque de Normandía, é dijole: «Señor, yo vos mando que leveis esta lanza, de que me oistes hablar, en el nombre de aquel que non quiso rescalar de derramar su sangre por nos.» Respondió el Duque: «Non la traeria esa lanza por todo el oro de Ultramar; que mas quiero en esta batalla dar grandes golpes, como yo daré, para quebrantar los turcos; mas levaré conmigo la gente de mi tierra, que me ayudarán de puros corazones, é con la mi espada envolverlos he todos en sangre.» E cuando el obispo de Puy vió que don Ruberte, el duque, no queria traer la lanza por cosa que dijese, llamó al duque de Bullon é rogóle que levase él aquella lanza en nombre de santa María, é dijole el Duque: «Señor, esto non haria yo por todo el tesoro que es en Roma; que muy gran mal quiero á aquellos que veo en aquel campo; ante acabillaré á los loesores é frisonos, é tanto faré hí de mi espada hasta que los mis paños sean todos tintos de la su sangre. E si yo puedo encontrar al rey Corvalan, yo le haré que nunca se alabe en Persia que él ni su gente nos han quitado ninguna cosa de lo nuestro.» E el obispo de Puy conosció muy bien que non traeria la lanza el duque de Bullon, aunque lo convidaba con ella; é despues que esto vió, llamó á don Tranquer, é rogóle muy homilmente que levase él aquella lanza en el nombre del Hijo del Dios que sufrió tormento por nos. Respondió Tranquer que no trabajase de hablar en balde, que non la levaria por cuanto había en Boniante; que mas deseaba la batalla contra los turcos, é que levaria consigo muchos caballeros mancebos, que serian mas de diez mil, segun él creia, é que pensaba dar tantos golpes con su espada, que muchas cabezas correrian allí sangre; de manera que, si el descreido de Corvalan, que los esperaba fuera en la batalla, é el rey Religion lo atendiese á los golpes, que él los haria que quedasen de allí malandantes. En pos desto, cuando vió el obispo de Puy que Tranquer non queria traer la lanza, como hicieran los otros á quien él había convidado con ella, llamó á don Boymonte el marqués, é dijole: «Venid adelante, caballero escogido, cumplido de todo bien, é levaréis la lanza de Dios, que por nos fué muerto en la cruz, é descendió á los infiernos por sacar dende á sus amigos.» É dijo don Boymonte que non la levaria aunque le diese á Paris por su heredad; que mucho mas queria la batalla de los turcos, de quien él veía así toda la tierra cubierta, é que ante levaria consigo la gente de su tierra, lombardos é toscanos, é que la su espada en cuanto fuere en su poder no seria escasa, ni aun el descreido de Corvalan que non era tan poderoso, ni el rey Religion, que ellos ni el su falso profeta Mahoma non fuesen deshonorados; é si los pudiese él alcanzar de su golpe, que non se alaharian en el reino de Persia que les habian quitado de lo suyo ninguna cosa, ni aun cuanto valia un dinero. Cuando el obispo de Puy oyó que Boymonte se excusaba tan afincadamente, é que la lanza no queria levar por ninguna manera, dijo á don Yugo, hermano del rey de Francia, que levase aquella lanza, é que lo hiciese por amor de Dios, que sufrió muerte porque no muriésemos nos, é que fuese su caudillo della en la batalla. Allí respondió don Yugo é dijo: «Señor, non vos pongais en

decir tal cosa, que yo non la levaria por quien me diese á Mompesler con todo su tesoro; mas quiérome envolver con aquellos que Dios destruya, de los cuales veo los campos llenos, así como hormigas; que non deseo tanto comer ni beber como envolverme con ellos; é yo levaré conmigo muchos buenos caballeros de gran valia, é bien guisados á la manera de Francia; é son tales, que no dejarán el campo por ninguna cosa, ante tomarán la muerte, é serán bien dos mil para comenzar la batalla; é á honra de nuestro Señor Jesucristo, yo quiero dar el primero golpe, é el cruel Corvalan non se sabrá tanto guardar, ni el rey Religion, que es de gran corazon, que yo no los hiera de mi espada; é herirlos he en tal manera, que los haré todos envolver en la su sangre, é no se podrán alabar que ninguna cosa nos quitaron de lo nuestro.» Despues destas palabras dijo al Obispo: «Señor, dejad esta razon; vos levaréis la lanza, yendo armado como estáis sobre vuestro caballo; que de mí adelante non hallaréis aquí ninguno que la ose levar en su mano, é en esto nos haceis gran sinrazon; que para traer la lanza ninguno no debe ser convidado; que bien veréis vos que esto non conviene á otro sino á vos, que sois obispo. E nosotros los que caballeros somos excusados, porque no es digno de levar tan gran reliquia sino vos, que sois sacerdote, á quien conviene; é por nosotros se comenzará la batalla é se acabará, é vos iréis ante nos é levaréis la lanza con que Dios fué herido, é irémos haciendo camino; é el que vos lo quisiere estorbar entrará en mala posada é será malrescebido; é Corvalan el orgulloso, que los aquí trujo, ni el rey Religion, no serán tan fuertes, que si venieren acá, no hayan mal topado con nosotros.»

CAPITULO CX.

De cómo los hombres honrados de la hueste mandaron pregonar que ninguno non fuese osado de robar el campo hasta que sus enemigos fuesen vencidos del todo.

Fueron ordenadas las haces así como habeis oido, é despues los hombres buenos repartieron por cada una dellas la gente de pié, é acordaron que fuesen los hombres de pié adelante, é los caballeros en pos dellos, que los guardasen. Defendido fué por todos, é apregonado, que ninguno non fuese osado de parar mientes á ganancia ni á robo en cuanto hobiese turco que se defendiese; mas cuando nuestro Señor Dios les hubiese dado la victoria, que estonce tornarian é podrian robar el campo.

CAPITULO CXI.

Cómo los del alcázar de Mal-Vecino hicieron señal á Corvalan cuando los cristianos querian salir de la villa.

Corvalan luego desde el principio que cercó la cibdad hobo sospecha que barian los cristianos en la hueste, é mayormente despues que Pedro el Ermitaño veniera á él, é desto se temia él todavía; é por eso habia mandado á los que estaban en el alcázar que si ellos entendiesen que los cristianos querian salir fuera, que tañiesen un cuerno é abatiesen una seña. E cuando las haces de los cristianos fueron ordenadas, segun que oistes, ante que saliesen ellos fuera de la villa, hicieron su señal los de la torre del alcázar, así como les era mandado; é Corvalan entendió que venian los cristia-

nos, é envió luego dos mil caballeros á la entrada de la puerta de la puente, por tomarles el paso que no podiesen pasar; é los turcos llegaron al cabo de la puente.

CAPITULO CXII.

Cómo el obispo de Puy esforzaba á los cristianos, é cómo non osaba ninguno salir primero.

Así como habeis oido estaban las haces ordenadas en la plaza de Antioca, é dijoles el obispo de Puy con palabras de gran amor que non desmayasen por miedo de la muerte; que fuesen ciertos que el que allí muriese salvo seria de todos sus pecados, é el que primeramente saliese fuera, que cierto fuese que, así como si fuese martirizado, que Dios lo levaria consigo. A esto callaron todos, que no habia ninguno tan esforzado, que no hobiese de su vida gran miedo, sino solamente don Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, que dijo: «Si Dios quisiere, por mí no será la tierra donde yo soy natural amenguada; que el que mas miedo ha é teme la muerte, dejando de hacer bien por sus manos por vivir en la vida deste mundo, que es un sueño, este tal no tiene derecho en buena fama, porque un buen morir dura toda la pasada vida. Por ende, yo saldré primero en el nombre de santa María, é acometeré á los moros con gran esfuerzo.» E esto que dijo don Yugo Lomaines tovieron todos por locura, é algunos hobo de su capitania que desampararon la su haz con cobardía, é hicieron muy gran yerro; é el obispo de Puy, que era santo hombre, abrió la puerta de la villa, é bendijolos, é echóles del agua bendicha.

CAPITULO CXIII.

Cómo don Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, salió con la primera haz, é cómo desbarataron á los turcos de la puente, é la pasó.

Este don Yugo el Magno salió de Antioca con toda su haz, é vino á la puente á aquel paso que los turcos é sus arqueros é su gente de pié tenían, é tardaron hí un poco que non pudieron pasar. Cuando don Yugo vió aquello, hirió de las espuelas al caballo é metióse entre los turcos, é hirió á diestro y siniestro tan apriesa, así que muy tarde se les hacia á aquellos que descendieran de sus caballos, é estaban de pié fasta que pudieron cabalgar, é estonce los turcos tornáronse huyendo, tirando con los arcos é defendiéndose. E Anser de Ribamonte fizo allí maravillas d'armas, que se metió entre los turcos, heriendo en ellos de manera, que los pasaba de la una parte á la otra, é daba despues vuelta en ellos, é aquejábanlos en tal manera, que los otros que venian heriendo podianlo muy bien hacer á su salvo, viniendo en pos dél, é muchas veces se metia tanto dentro en la priesa, que ciertamente pensaban los cristianos que lo habian perdido. Mas él sabia muy bien lidiar entr'ellos, é hacia gran plaza en derredor de sí; mucho le miraban todos, que habian muy gran placer de lo que le veian hacer, é hacianlo con razon. Otrosí, don Yugo el Magno no olvidó el espada; ante hizo tanto aquel dia con ella, que buena estrena hobieron de los primeros golpes nuestros romeros; é el conde de Flándes, é el duque de Normandía é el conde Bonant venieron en el alcance, de manera que los arqueros que

fuian, fueron muy mal llagados, así que, pocos tornaron á su hueste; é los caballeros siguiéronlos hasta la entrada de sus tiendas, é derribaron algunos tan mal, que despues nunca fueron levantados para hacer daño á los cristianos.

CAPITULO CXIV.

De cómo Corvalan preguntó á Magdelis que qué hombres eran aquellos de aquella haz de don Yugo Lomaines, é de la respuesta que le dió.

Despues que este don Yugo Lomaines hobo desbaratado la fortaleza del paso de la puente, así como habeis oido, paróse con su haz en el campo muy apuestamente, allí do la batalla habian de hacer. E estonce, cuando Corvalan vió aquella haz que así se paraba allí, llamó á su escanciano, é dijole así: «Amagdelis, así Dios te vala, ¿sabes quién son aquellos que se paran allí, que me parece que quieren correr? Si los conoces, non me lo niegues.» Respondió Amagdelis: «Señor, aquellos son franceses, é su cabdillo ha nombre don Yugo Lomaines, é es hermano del rey de Francia, é he muy gran miedo de sus golpes.» Dijo Corvalan, como en escarnio é en desden, que bien sabia hablar como cobarde, é que nunca le creeria cosa que le dijese. Cuando el rey Religion oyó esto, dijo á Corvalan que no esperaria él un golpe solo á aquel que allí veia con tan gran poder, por todo el oro de Rossia. Estonce llamó Corvalan á Arloin, que veniera hí para se asolar con él, así como ya oistes, que gelo rogara Corvalan, é preguntóle que quién eran aquellos, é que non le mintiese si sabia quién eran, ó dó querian ir, ó qué buscaban por allí. Dijo Arloin: «Yo non vos mentiré en cosa de cuanto yo sé é vos dijere; sabed que aquel de aquellas señales que allí vedes estar, es don Yugo Lomaines, que viene del linaje del rey Pepino de Francia, é es hombre de muy gran corazon é trae gran caballería, é muy preciada de armas é probada en ellas, é trae muy buenos caballeros é usados de guerra; é agora, cuando comenzaren á derramar, no les quedará haz que non desbaraten, ni fortaleza de seña que no batan é no derriben; mas, Señor, consejote yo que no te fallen aquí; que si con ellos te envuelves, de muerto ó de preso ó mal herido no les escaparás; é si te mueven de manera que vayas fuyendo, en pos de tí irán en el alcance, feriendo en tí é en los turcos, é malando, é no quedarán ni te dejarán por una gran partida de tierra.» Cuando Corvalan oyó aquesto, sonrióse, mas de mal corazon, é llamó al rey Religion é al rey Bas de Feminia, é asentóse á jugar al ajedrez con ellos; é los juegos de los reyes de aquel su ajedrez é los de los caballos é peones eran de oro é de marfil, é los alferces é los roques é los arfiles eran de una piedra muy preciada, que dicen maranite, é era blanca é prieta por meitad esta piedra.

CAPITULO CXV.

De cómo salió con su haz el conde Ruberte de Flándes fuera de la villa, é de las preguntas que hacia Corvalan á Amagdelis, é de la respuesta que le daba.

Ruberte, el conde de Flándes, salió despues de don Yugo el Magno con muy hermosa compañía de muy buenos caballeros, é ciertamente probados ya en armas é

C.-U.

en grandes afrentas, é todos muy bien armados. E así como salieron, paráronse de la otra parte de la puente, é estonce dijo el Conde á su compañía, como rogando á Dios por ellos, que les acrecentase en su fuerza é en su virtud, é que aun en aquel dia, con la merced de Dios, harian ellos grande desbarato en aquellos falsos descreidos, é les cortarían las cabezas con las sus espadas agudas; é que pluguiese á Dios del cielo que todo el poder de Oriente fuese allí ayuntado. Corvalan miró allí é viólos, é llamó á Amagdelis, é dijole: «¿Sabes quién son aquellos?» Respondió Amagdelis, é dijole: «Señor, aquel es Ruberte, conde de Flándes, el de los grandes miembros. — Pues ¿piensas tú por aventura que no quieren correr hasta aquí?» E dijole: «Señor, vos sois muy saúdo; pídoos que me asegureis que por cosa que yo diga de aquí adelante non sea mal tratado ni ferido de vos.» Allí habló el rey Religion, é dijo que bien entendía él aquello, é ciertamente que aquel le parecia muy buen hombre é de pro, que non podria ser mejor, mas que él no hablaria en esta razon; é aun dijo mas: «Bien vos digo que lo no esperaria por todo el tesoro del Chan, que tiene á Persia en su poder.»

CAPITULO CXVI.

Cómo don Ruberte, duque de Normandía, pasó con su haz la puente.

Despues que don Ruberte, conde de Flándes, salió de la cibdad de Antioca é pasó la puente, don Ruberte, duque de Normandía, traia consigo diez mil caballeros muy bien ataviados á maravilla, é tales pasaron la puente así como hombres esforzados, é paráronse cerca de dos árboles que estaban hí. Allí los llamó el Duque, é rogóles mucho que fuesen vasallos de Dios, é que ante que saliese esé dia en que estaban, que harian gran carpintería en sus enemigos, así como los buenos carpinteros que labran con hacho la madera. Corvalan vió aquella haz, é paró mientes en la delantera é en la zaga, é dijo: «Miedo he que aquellos quieren acometer á los que fueron por yerba.» Cuando Amagdelis, que era su trujaman, aquello le oyó decir, dijole: «Por Dios, Corvalan, mal sois consejado, cuando vos hacédes escarnio de tales hombres como aquellos, que los tenéis por bellacos.» E dijo el rey Religion que se pagaba poco de aquellas chufas que Corvalan decia, é que non los esperaria él en campo por ninguna cosa. Estonce preguntó Corvalan á Arloin si conocia él á los de aquella haz, é respondió Arloin: «Si conosco muy bien; que aquel es el duque de Normandía, é yo conosco las sus armas, é es hermano del rey Enrique, que conquirió á Inglaterra é paso allá por la mar; é despues nunca fué hombre que lo osase acometer en guerra; é trae consigo unas gentes, las cuales debe hombre mucho temer, que traen fochas aceradas con que dan grandes heridas, que no hay arma, por fuerte que sea, que les pueda durar; é traen unos dardos pequeños empenolados, que tiran de lejos, de manera que no ha loriga ni perpunte que alcancen que no falsen; é cuando entran en batalla é comienzan de ferir, parecen hambrientos leones con gana de comer. — Señor, dijo al Rey, véte de aquí; que si los dejas acercar á tí, ninguna cosa te podrá librar para que guarescas; así que, la tu lozanía é la tu sober-

17